

# LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

*Año VIII*

*Barcelona 18 de Noviembre de 1897*

*Núm. 365*

C. FRÖSCHL



El orgullo de la madre



## Memorias de un profesor

(CONCLUSIÓN)

«Aquí va á pasar algo horrible...» me dijo el corazón oprimido en cuanto percibí los primeros acordes del piano.

El salón presentaba el mismo aspecto: las señoras formando un doble asiento; en el centro un espacio vacío que nadie se atrevía á ocupar; los hombres agolpados, en pie, junto á las puertas, esperando con fisonomía grave, casi compungida, las maravillas prometidas.

—Sinfonía de la *Semirámide*, á cuatro manos...—anunció con voz solemne don Isidoro.

Rígidamente, enhiestas, semejantes á dos autómatas á que se acaba de dar cuerda, las dos hijas mayores de Requejo se levantaron á una de sus sillas y á una también, con precisión matemática, fueron á sentarse delante del piano. Miráronse un momento con expresión estúpida, y dejaron caer á contratiempo sus manos sobre el teclado.

Nunca me fué simpática la música de Rosini, ni me hizo sentir una verdadera emoción artística, pero aquella noche me parecía horrible; la famosa sinfonía, ya tan trivial y macarrónica de por sí, resultó insoportable bajo los dedos asesinos de las dos púdicas doncellas que con una inconsciencia terroz alteraban todos los tiempos, atropellaban las teclas, hacían rugir del indefenso instrumento una lluvia de notas discordantes, una cacofonía capaz de arrancar á un auditorio algo delicado, chillidos de dolor. Pero nuestro público sostuvo imperturbable la tremenda operación y aun prorrumpió en aplausos cuando las dos ejecutoras, terminado el degüello, se levantaron con el mismo gesto automático para volver á sus sitios en el círculo femenino.

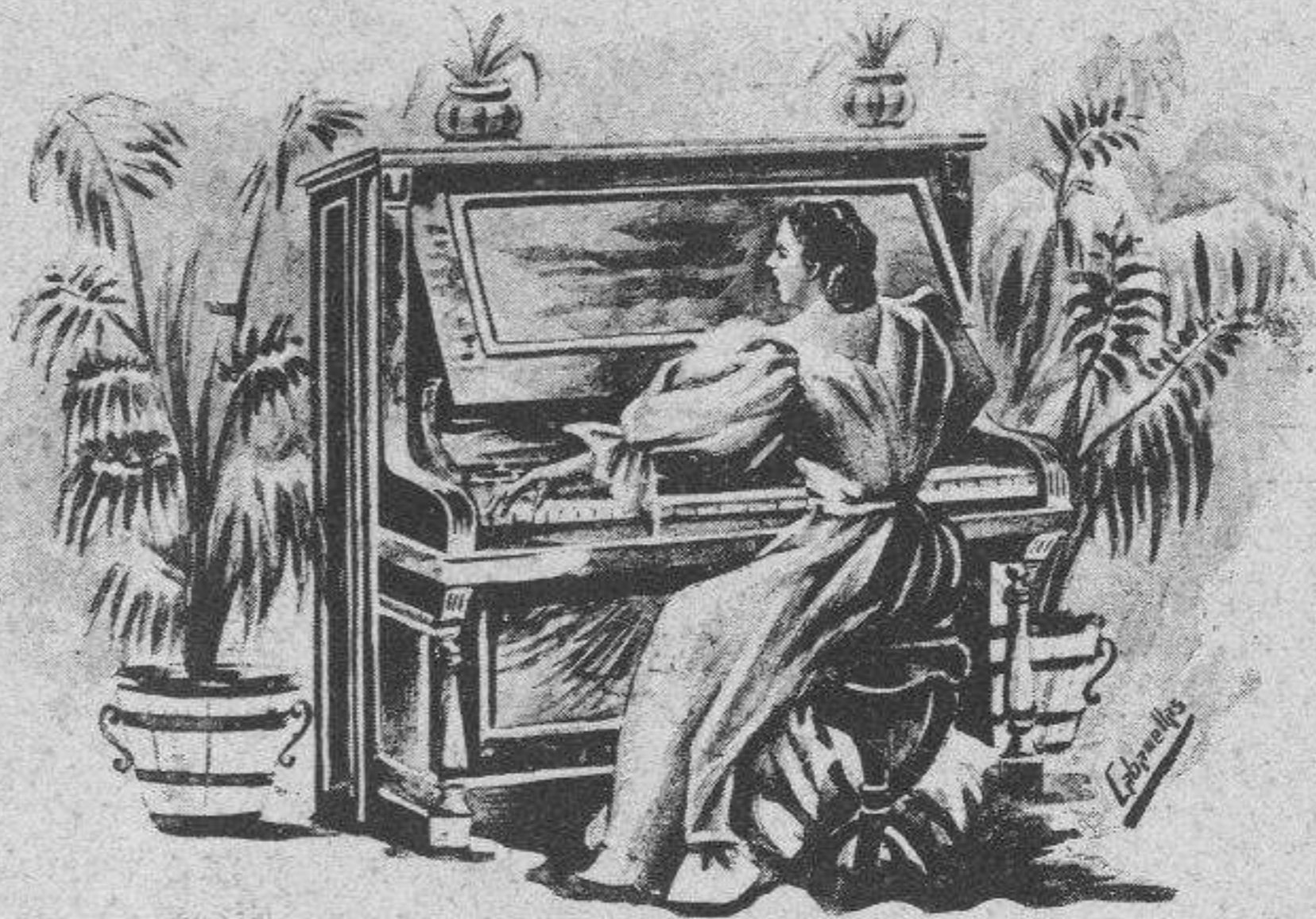
—Ahora creo que le toca á usted, Rosarito...—dijo doña Engracia, tras algunos minutos de espera y de silencio sepulcral, dirigiéndose á una joven que no era ya muy joven, de aspecto lánguido y abatido.

Como un soldado que obedece á la consigna, Rosarito, sobrina del Alcalde, se fué con paso desmayado hacia el piano, y acompañándose ella misma entonó, previa declaración de Tandilla, que ejercía de anunciador, una plegaria insulsa, de melodía infeliz y majadera, debida, según supimos, al genio del organista de la catedral. Rosarito no tenía voz ninguna: si la cantidad era poca, la calidad no podía ser más detestable; tales defectos los compensaba, pegando al final de cada estrofa un alarido desgarrador.

Nuevos aplausos y nuevos plácemes cuando la *diva* hubo despachado la duodécima y última copla de la Plegaria al Santísimo Sacramento. Luego pausa prolongada, silencio absoluto seguido del anuncio del número tres del programa.

— Serafinito, me parece que llega tu turno... anda, hijo... Señores, el *Canto a María*, composición poética de don José Zorrilla.

Y avanzó temeroso, temblando, ruborizado y enclenque. Serafinito, el preclaro heredero de los Tandilla, hasta colocarse en medio del salón. Abrió la boca dos ó tres veces antes de decidirse á echar el primer verso, y luego su órgano agudo, de tiple de la capilla Sixtina, se disparó con el magnífico canto del gran poeta. ¡Pobre Zorrilla! ¡qué torturas hubiese sufrido su alma á poder escuchar aquel atropello indigno de su inspiración!... De la boca de Serafinito salían los versos, ora en afflictivo tartamudeo, á borbotones premiosas, ora con velocidad vertiginosa que de pronto se detenía, ni más ni menos que si uno de los endecasílabos lanzado en desbocada carrera en seguimiento de un compañero, tropezase y se fuera de bruces. Cuando tal percance acontecía, parábase en seco el recitante, miraba con ojos despavoridos, dejaba oír un nuevo tartamudeo y cogiendo otra vez el hilo de los versos su voz de eunuco acometía con mayores bríos la perpetración del crimen.



En vez de pegarle un tiro, aplaudimos á rabiarse Serafín, quien al girar sobre sus talones para retirarse, lo hizo con tal precipitación, que sus largas y poco robustas piernas perdieron el equilibrio y fué á dar el cuerpo del muchacho sobre la barrera femenil que le cerraba el paso. Y como el que cae se agarra á lo que puede, echó el joven Tandilla las inconscientes manos sobre el opulento seno de doña Facunda, la mujer del Juez de Primera instancia, una de las pocas hembras realmente guapas y apetitosas que en Malaguarda se ven. Dió ella un grito, sonaron risas y rumores, zafóse como pudo el culpable, enrojecido su anémico semblante por una oleada de sangre, y don Isidoro, aterrado, trocada su paternal satisfacción en súbito disgusto y hondo despecho, pudo oír como el marido de doña Facunda decía muy colérico:

— ¡Animal!... ¡Igorrote!... ¿Por qué no mira ese pedazo de atún donde pone los piés?... Si no sabe andar por un salón que se quede en casa... ó en su pesebre... ¡Vaya una acémila!

Y el Notario añadía con tono acre en el que adiviné una mal oculta satisfacción:

— Ahí tienen ustedes una de las consecuencias que originan esas fiestecitas mundanas.

Calmada la emoción suscitada por ese ligero episodio, prosiguió el concierto: una señora que en otro tiempo había estudiado el piano en Zaragoza, tocó abominablemente una melodía ramplona; á la melodía sucedió una romanza de salón cantada en tono lúgubre por un empleado de Hacienda y barítono sepulcral al mismo tiempo; tras la romanza vino... una fábula de Iriarte recitada por Isabelita, la hija menor de los dueños de la casa; después... pero ¿á qué recordar todos los detalles de esa fiesta estúpida, interminable, sin expansión, sin alegría, que destilaba el tedio y ofrecía tan sólo una exhibición de presuntuosas imbecilidades?... ¿Por qué diablos, decíame á mí mismo, no has buscado un pretexto cualquiera para largarte en seguida ó para no venir?... La triste monotonía de las noches pasadas al lado de la chimenea, en la soledad de tu hogar de alquiler, con un cigarro en la boca y un libro en las manos, ¿no vale acaso mil veces más que esa ridícula velada?

Presa de indecible fastidio, apoyado sobre una cómoda, pues asiento no había medio de lograrlo, cansadas las piernas y semi-cerrados los ojos, buscaba en mi cerebro pensamientos con qué matar el tiempo y adormecer el hastío, cuando una palmadita en la espalda sacóme de la modorra que me invadía.

— Qué tal, compañero, ¿qué me dice usted de esta fiestecita?... Muy agradable... ¿verdad?

Y don Isidoro, balanceando su busto escuálido sobre sus flaquísimas flautas, me miraba con sus ojos siempre tristes.

— En efecto... muy agradable... — repuse con el mismo acento que si diera un pésame sentidísimo.

— Dígame usted, amigo mío, — prosiguió tras una pausa el director, — el espectáculo de que está disfrutando ¿no le sugiere... ideas especiales?

— ¿Qué espectáculo?... ¿qué ideas?

— Pues... hombre... el espectáculo de una familia como la de Requejo, recibiendo en su dulce intimidad, al calor del hogar doméstico á sus amigos, á sus relaciones, ¿no le parece á usted muy... muy... ¿cómo diré?... muy tentador?

— ¡Pché!... á serle á usted franco le diré que no me tienta nada.

— ¡Ah!

Y se quedó cortado. Luego dijo, afectando un aire indiferente:

— ¿Ha visto usted qué monas, qué simpáticas están las hijas de Requejo?... en especial Antoñita y Pilar...

— No me he fijado, — repliqué secamente.

— Estoy seguro, — continuó tras una pausa el maquiavélico Tandilla, — que Antoñita hará la felicidad del hombre que obtenga su mano. Es una excelente muchacha que no podrá menos de ser buena esposa, buena madre y mujer de su casa. Vale un tesoro esa chica, créalo usted.

— Lo creo... pero...

— Pero ¿qué?

— Que á mí me tiene muy sin cuidado. No siendo yo quien tiene que apechugar con ella, sus cualidades, que yo reconozco y aplaudo, no pueden, sin embargo, interesarme en modo alguno.

— Comprendo... — insinuó Tandilla, guiñándome el ojo, — á usted le gusta más la hermanita... Pilar ¿eh?

— Se equivoca usted de medio á medio; tanto se me da la una como la otra y malditas las ganas que tengo de ser el yerno de Requejo.

Hizo una horrible mueca don Isidoro, y me volvió la espalda. Este cambio de frente le colocó delante de Linares que acababa de entrar y en cuyo semblante me pareció ver pintada una expresión de profunda amargura.

— ¡Vaya unas horas de llegar!...

— ¿Cómo tan tarde, compañero?

— Pues, señor, usted viene cuando los otros se van...

— Ya no creíamos verle á usted esta noche, amigo Linares.

A estas interpelaciones que del grupo de hombres salían acogiendo su tardía llegada, no respondió por de pronto el interpelado. Por último, dirigiéndose al dueño de la casa, dijo con voz entre severa y entristecida:

— Requejo, dispéñeme usted si llego, en efecto, tarde; pero un deber imperioso, un deber de caridad y de compañerismo me ha detenido hasta ahora.

— ¡Ah! un deber de... — balbuceó Requejo, — ¿qué deber?

— Acabo de cerrar los ojos á nuestro pobre compañero Abril.

— ¡Cómo! — exclamamos á coro todos los profesores que allí estábamos — Abril ha...

— Sí, señores; Abril ha muerto hace media hora.

Hubo un momento de estupor, de silencio... Luego levantóse un rumor vago que in-





La tarea

vadió hasta el salón; al pobre Nicomedes le conocía todo el mundo; no había nadie que ignorase su enfermedad; creíase convaleciente, y la nueva de su muerte encontraba un eco adolorido, compasivo... A los cinco minutos todos los convidados de Requejo sabían el suceso y lo comentaban en frases apiadadas.

Y entonces pasó una cosa extraña... con gesto majestuoso, que contrastaba con la exigüidad de su físico, adelantóse el Notario, penetró en el salón, levantó los brazos como reclamando la atención de todos, y en medio del profundo silencio que se hizo, exclamó:

— Señores: en tanto nos entregábamos aquí á las frivolidades de una fiesta profana, un hijo de esta ciudad, un conciudadano, un amigo, un hermano nuestro luchaba con la agonía y entregaba su alma al Creador. Hermanos míos, cesen nuestras diversiones, y aunque el sitio no sea sagrado, como en todas partes se puede impetrar la misericordia divina, recemos por esa pobre alma que huye de la tierra; ¡de rodillas todos!

Deslizáronse, á una, de sus sillas para caer de hinojos las engalanadas damas; imitaronlas los hombres, y en medio del religioso silencio vibró la voz del Notario:

— *Padre nuestro que estás en los cielos...*

JUAN BUSCÓN.

## Amor, sombras... y «sablazos»

### I

Era una noche oscura y destemplada.  
Ni de una estrella el resplandor incierto  
rasgaba con sus trémulas cambiantes  
el sombrío capuz del firmamento.

Húmeda niebla de contornos vagos  
arrastraba sus gasas por el suelo,  
ya semejando aparición fantástica  
envuelta en un sudario gigantesco,  
ó ensanchándose á veces como el humo  
de un invisible y poderoso incendio.

Sobre el duro peñón en que se asienta,  
reposa la ciudad en el silencio,  
como dócil cautiva que se rinde  
al influjo feliz de un dulce sueño.  
Mueve el aire con ráfagas violentas  
las ramas de los árboles escuetos;  
ante la puerta que encontró cerrada  
tiembla y aúlla el vigilante perro;  
oscila el farolillo ante el retablo,  
danza la sombra en el cristiano hueco;  
suenan las doce en el reloj distante,  
las brujas van al aquelarre tétrico  
y es la tierra dominio tenebroso  
del pavor, de la sombra y de los vientos.

### II

A esa hora penetró resueltamente  
en torcida calleja un caballero  
que en la flotante capa, su figura  
envuelve con recato y con misterio.

Es de aquellos que pinta la leyenda  
con airoso bombacho y jubón negro,  
lujosa bota de ante, espuela de oro,  
asegurado al cinto el limpio acero,  
la banda azul de la legión de Flandes  
formando ondulaciones sobre el pecho,  
y tocando en el hombro y la gorguera  
la temblorosa pluma del sombrero.

### III

Detúvose en la esquina, echó á la espalda  
el embozo con ágil movimiento  
¡y mereció pagar, por... atrevido,  
cinco doblas de multa, cuando menos!

V. SERRANO CLAVERO.

## Lógica infantil

Triste, solo, gimiendo en los umbrales  
de la alcoba desierta,  
que aun conserva en el lecho las señales  
de las rígidas formas de la muerta,  
un hombre llora con acerbo llanto,  
y dirige á los cielos la mirada,  
cual pretendiendo hallar en su quebranto  
la imagen de la esposa idolatrada  
que duerme en un rincón del campo santo.

La alcoba, que alegraron los amores  
y perfumaron delicadas flores  
nacidas de la dicha entre el misterio,  
de cera y medicinas tiene olores  
y huele con olor de cementerio;  
y el hombre, que solloza traspasado  
por el puñal de la desgracia fiera,  
— ¡No hay Dios! ¡No hay Dios! repite desolado;  
que si existiese Dios, aun existiera  
el ángel que la muerte me ha robado!

— ¡No hay Dios! ¡No hay Dios! con impiedad  
el hombre malherido en su cariño; [murmura  
y, con voz impregnada de ternura,  
penetrando en la alcoba, dice un niño:  
— ¡Padre!... ¡padre! Sí, ¡hay Dios! yo no lo veo;  
pero de fijo hay Dios, y yo lo creo,  
porque mamá, besándome la frente,  
me dijo ayer que Dios Omnipotente  
la llamaba á su lado... ¡pobrecita!  
Hay Dios, porque á buscarlo fué mamita,  
¡y tú me has dicho que mamá no miente!

M. BLANCO DELMONTE.

## Rima

Dicen que hay una flor que entre la nieve  
abre sus tiernas hojas.  
Gotas de sangre sobre blanco lino  
parecen sus corolas.

Así en mi triste corazón, los gérmenes  
de tu cariño brotan;  
como hay flores que nacen entre nieve,  
hay amores que viven en la sombra.

José J. HERRERO.

J. CUCHY



¿Ustedes gustan?

# ¡Vivitos... y coleando!

## I

No vayan ustedes á creer que lo de *vivitos* lo digo para recordar á los vendedores de camarones de Málaga, ni á otros vendedores de otros pueblos y otra clase de pescado. Lo digo porque me gusta la palabra, y es esta la más poderosa razón que aduzco; pues yo suelo escribir para mi recreo, aunque moleste á mis lectores, á quienes no llamo benévolo, por la sencilla razón de que no me da la gana.

Ahora, respecto á lo de *colear*, pueden ustedes tomarlo por donde quieran, seguros de que no me he de ofender, sea cual fuere la interpretación que darle plazca á quien perdiere el tiempo leyendo estos renglones.

Esto sentado, y si mejor lo creen, en pie, por deferencia y galantería á los dos sexos, me enredo con mi cuento, que procuraré desenredar del modo que sepa, sin romper el hilo, á fin de no tener que anudarle después, ya que los nudos, si se exceptúa el *Gordiano*, de Sellés, no me pasan de las uñas, con perdón de ustedes.

Erase un lugar (no digo de la Mancha por miedo á los quita ídem) de los de mayor importancia del reino de Aragón, en cuyo término se daban abundantes los cereales y legumbres, sobresaliendo entre éstas las habas, y siendo de consideración la cosecha del vino y la de los albérchigos.

Vivían en mi lugar dos viudas, muy pegadas al terruño, y á las que en premio de su amor conyugal había dado Dios una hija por barba, cada una de las cuales era á cual más hermosa, amén de rolliza y trabajadora.

No hay para qué decir que las madres tenían puestos los ojos en el fruto de sus entrañas y que se desvivían por su bien, sin reparar en medios.

Mientras las hijas fueron niñas corrieron la misma suerte, y el amor maternal era grande y solícito por ambas partes. Pero las niñas crecieron (esto de crecer lo digo porque no vayan ustedes á figurarse que se quedaron enanas), y á medida que el cuerpo crecía, el alma también, y con uno y otra las pasiones, que en gente del pueblo son más grandes, por lo mismo que son más rudas.

Así es que, aunque no contaban más que diez y siete otoños, contaba ya tres novios cada chica, porque aun en esto fueron iguales las mozas de mi cuento.

Habían aprendido más de lo que conviniera al egoísta amor maternal, que no las dejaba á sol ni á sombra, teniendo que saborear á hurtadillas, y como Dios quería y las vecinas, brevísimos instantes, tanto más dulces cuanto más vedados, de otro amor, que, sin saber por qué, ha puesto Dios en nosotros más poderoso, vehemente y rico que el que sentimos por los autores de nuestros días.

En resumidas cuentas: que Juana y Rosa eran novias, en tercera etapa, y querían á otros dos gañanes, tan rollizos y brutotes como ellas, con toda la fuerza de sus almas semi-salvajés.

Las madres lo supieron y se dieron al diablo mesándose los cabellos; hicieron promesas á la Virgen, y hasta hay quien asegura que prometieron amortajarse en vida, si Dios poderoso hacía que, como cuando niña, Rosa y Juana no sintieran otro amor que el maternal; lo que no fué obstáculo para que las muchachas, olvidándolo todo, asegurasen que estaban decididas, y que huirían de su casa, si se les quitaba su gusto.

Gran sentimiento produjo á las madres esta decisión de sus respectivas hijas, á quienes habían considerado como parte integral de su propio sér.

Amenazas, consejos, súplicas, llantos, castigos y cuanto creyeron pudiera variar de parecer á las muchachas, usaron con ellas las pobres viudas; pero todo sirvió para avivar más el deseo de las locuelas, que con descaro escandaloso contestaban á todo el mundo: «¿Acaso yo he nacido para monja? ¿No lo hace todo el mundo? ¿No lo hizo mi madre?»

Y con esto se quedaban tan frescas.

## II

Pasó algún tiempo, aunque corto, durante el cual tomaron las cosas rumbo muy diferente para las muchachas.

Rosa era feliz y quería á su madre más que nunca.

Juana, por lo contrario, sufría, y si no odiaba á su madre, estaba á dos dedos del abismo.

Que ¿cómo así las cosas?

Pues, ustedes verán.

La madre de Rosa tuvo el juicio suficiente para comprender que á la chica no le faltaba razón, y por otra parte estaba convencida de que, como buena aragonesa, Rosa acabaría por hacer su gusto y oponerse tenazmente á él equivaldría á perderse del todo y para siempre.



Quería demasiado á la *maña* pára sufrir pérdida tan atroz, y se resolvió á admitir por las buenas lo que hubiera tenido que tragar á las malas. Así es que acató los designios del Altísimo, según ella misma decía, cuando del caso hablaba, y quiso, antes que darse sola, ver á su Rosa libre del suave yugo materno, que como decía la pobre vieja, haciendo de la necesidad virtud, era innecesario, porque la chica había dejado de ser hija para ser á su vez madre, que esta era la ineludible ley de las criaturas, y conservando la soberanía de madre, aceptó la libertad de su adorada hija.

Rosa, en cambio del sacrificio de su madre, la quiso más, si cabía, y eran de ver las relaciones y reciprocidad de amor entre ellas.

Juana, por lo contrario, no había conseguido más que agravar la situación. Su madre no veía otra cosa que la pérdida de su hija del alma, y esto la exacerbaba y sacaba de quicio. No habiendo obtenido resultado por el camino de los consejos y las súplicas, pasó á los hechos, encerrando á la muchacha y castigándola á su modo.

Algún tiempo llevaba en estas maniobras, y cuando creía curado el mal, héte aquí que al volver un día de la iglesia, tal vez de pedir á Dios el que le conservase á su hija querida, supo con horror que ésta había huído de la casa materna, con general escándalo del honrado lugar y sin que volviera á tener noticia alguna de la que tanto quiso.

### III

### UNA EXCURSIÓN NOTABLE

Algún tiempo después, y llorando amargamente la desconsolada madre, decía:—«Sí, señor cura; tiene usted razón. Si la nubiera dejado, hoy no estaría bajo mi dominio, pero ¡aún tendría hija!»

Nota.— Esta fabulilla es tan mía como vieja, y los motivos que me han inducido á darla á luz no le importa á nadie el saberlos.

ALFONSO.

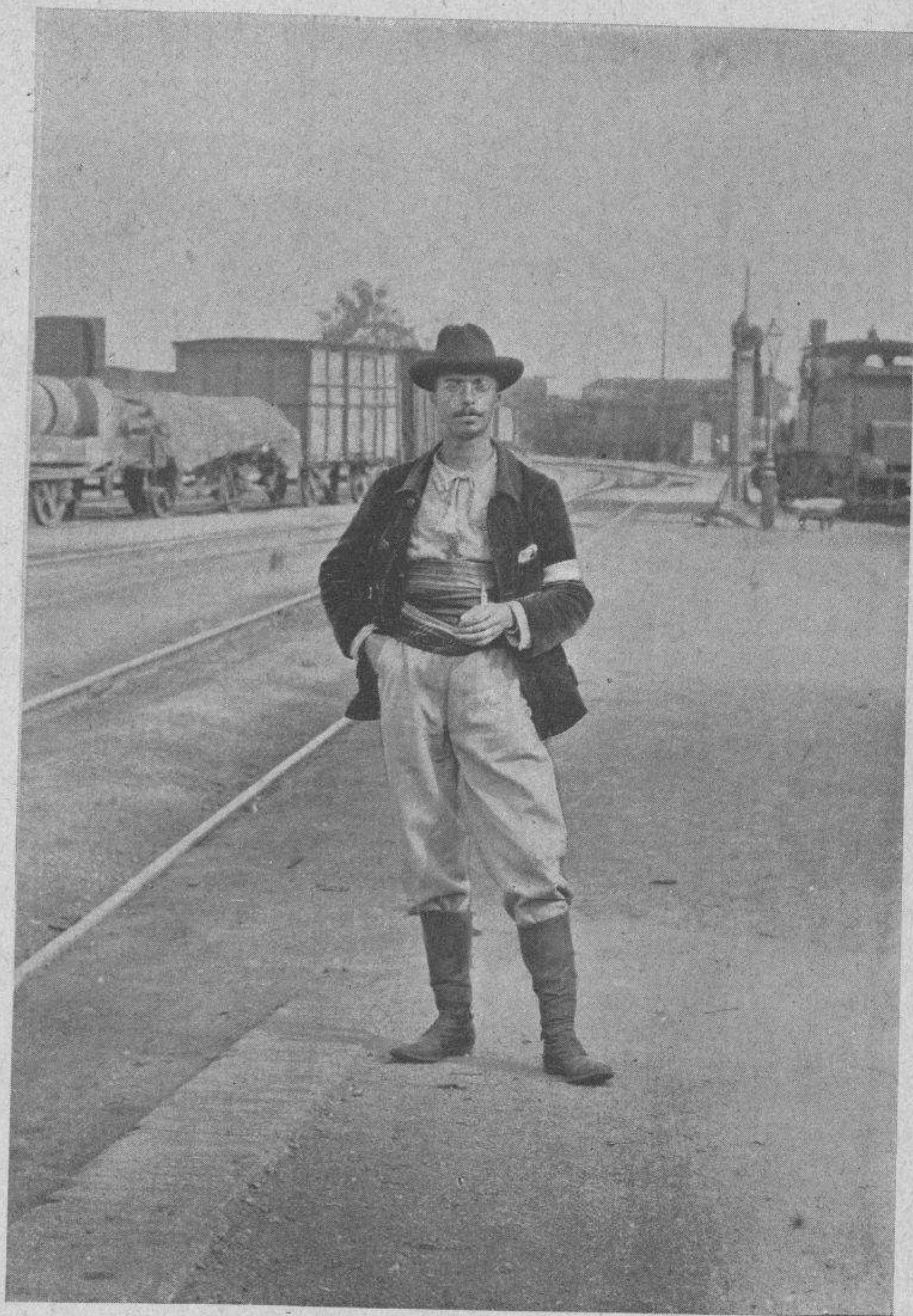
### ¡Hasta los perros!

Se cree Juan poeta  
y hasta se cree un genio,  
porque amigos suyos  
le han dicho que es bueno  
todo cuanto ha escrito  
en prosa y en verso.

Pues bien, una tarde,  
no hace mucho tiempo,  
con Juan el poeta  
salí de paseo,  
cuando en una calle  
(que no la recuerdo)  
había un periódico  
tirado en el suelo,  
periódico donde  
Juan publica versos;  
y al pasar nosotros  
notamos que un perro  
olió los papeles  
y después de olerlos  
levantó la pata...  
y mojó los versos.

Entonces me dije  
para mis adentros:  
¡Qué sabios, á veces  
resultan los perros!

F. LÓPEZ COLMENAR



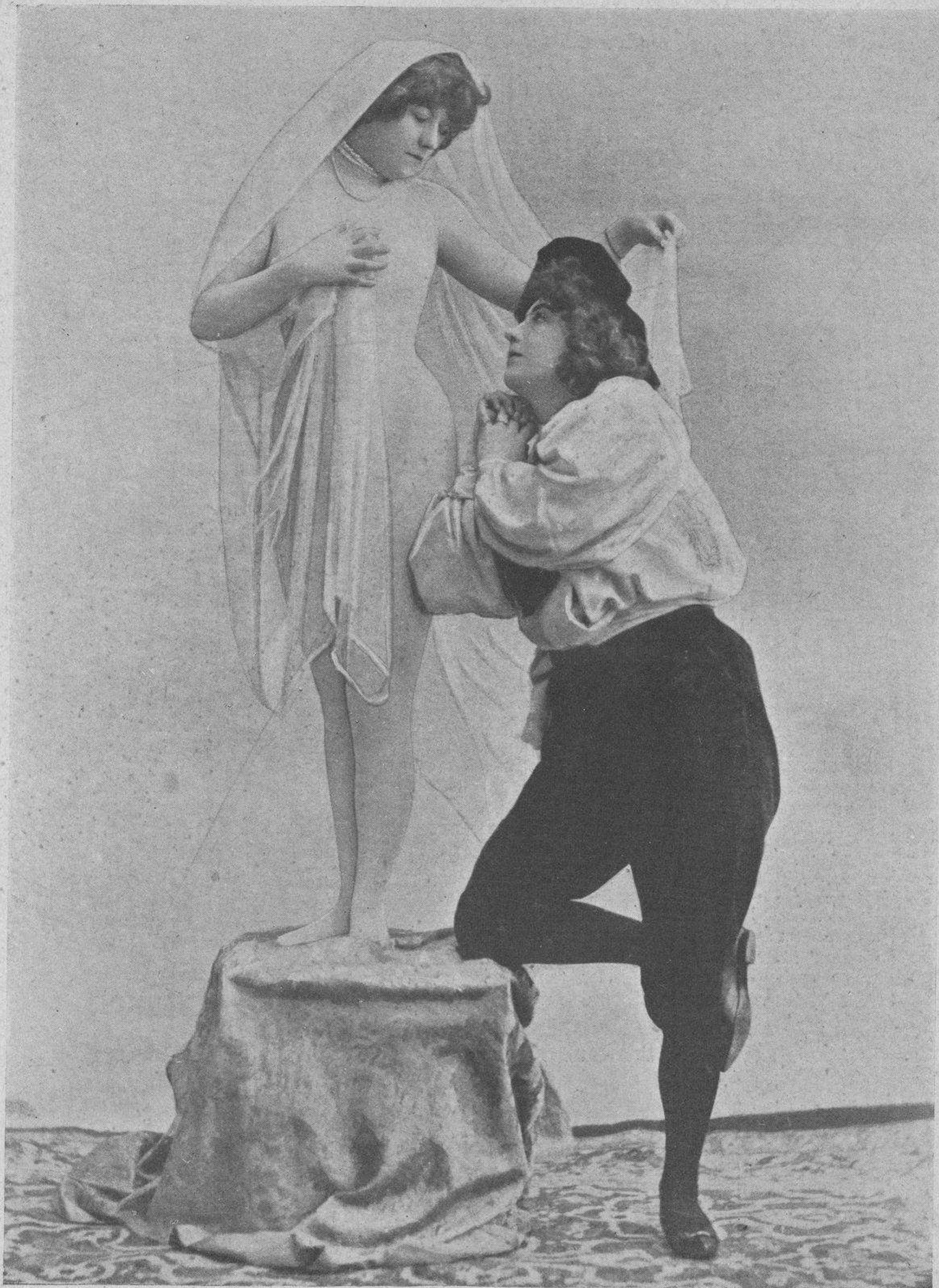
Llegó M. Leon Gaudeaux á Barcelona en los últimos días de Octubre. Venía... del mundo y con un franco en el bolsillo... Confesión que tengo por franca también. Ha hecho su excursión á pie. Obedece el viaje á una apuesta, cuyo origen revelará cuando regrese á París. No he de añadir sino que este género de *sport* me parece inverosímil y aburrido en estos tiempos de electricidad y bicicleta.

ACADEMIAS



¡Olé mi niña

ACADEMIAS



Amorosos



Las visiones de Santa Cecilia

## Un ensueño

En la chimenea ardía el fuego iluminando el aposento con viva claridad.

Ella estaba sentada al lado de la chimenea, con los codos apoyados en sus rodillas, con el rostro entre sus manos, siguiendo, soñadora, las blancas y hermosas visiones que se le aparecían entre las llamas.

Sus labios estaban entreabiertos; su rostro sonrosado y en sus ojos brillaba la luz de la felicidad.

Se oyó ruido de pasos en el piso encerado del vestíbulo, y luego, el de la falleba de una puerta que se abre.

— ¡Oh, Jack! — exclamó.

Se levantó: su rostro parecía muy blanco, sus ojos tenían un brillo más vivo.

— ¿Contenta de verme? ¿No?

¡Qué voz tan dulce y simpática tenía él!

Oprimió suavemente la diminuta mano que se le tendía; se sentó en el sofá y la atrajo hacia sí.

Y le dijo:

— Ha estado usted ausente durante dos semanas, y mientras tanto su padre y yo hemos llevado la vida de solterones. Vamos á ver; hábleme de usted, ¿cuál ha sido su existencia? ¿Cuántos corazones lacerados deja en pos de sí?

Ella le miraba sonriendo.

— Yo nunca lacero corazones, Jack, contestó. He pasado una vida muy agradable, pero le echaba mucho de menos á usted.

— ¿Sí? Mire usted: hace diez y seis años que estoy en esta casa y usted confiesa echarme de menos.

— ¿Diez y seis años? ¿Ya?

— Sí. Después de la muerte de mi padre el de usted me trajo aquí. Era yo entonces un muchacho de ocho años. Usted, una chiquitina, vino á nuestro encuentro en el vestíbulo y su padre de usted la dijo: «Aquí tienes, Elena, á un hermanito que te traigo. Dale un beso». Ayer su padre y yo hablábamos precisamente de usted. Me dijo que nada le agradaría tanto, como vernos casados. Quisiera darle gusto, pero...

— Sí, Jack, — dijo ella, y su voz era suave como la brisa de un crepúsculo de verano.

El prosiguió :

— Yo le dije que no nos queríamos como novios. Hemos vivido demasiado tiempo en la misma casa; nos conocemos demasiado para querernos de ese modo.

En la chimenea el fuego iba apagándose.

— Su padre de usted agregó: « Si ella dice que no, entonces me quedaré conforme. Pregúntale tú ». Naturalmente, no le podía decir que estaba á punto de comprometerme con Neille Asher; así es que creí que lo mejor era hacerle á usted una declaración franca tan pronto como usted volviese, con el fin de que me dijese *no*, como una buena hermanita.

Ella retiró su mano que todavía estaba en la de Jack.

El prosiguió :

— Porque usted es mi hermanita querida. Así es que se niega á casarse conmigo. ¿ No es cierto ?

— Naturalmente, Jack. ¡ Casarnos ! ¿ Qué esperanza ? No puede ser...

El brillo de sus ojos había desaparecido. Hablaba lentamente y sus palabras acabaron en un sollozo. El la miró; pero ya ella parecía sonreír.

— Entonces, — dijo Jack, — puesto que usted me rechaza, voy á ver á otra niña que ha de ser menos cruel.

Suavemente él le puso la mano en su cabeza rubia y ella se estremeció.

Y Jack agregó riéndose :

— Esta noche se lo diré todo á su padre de usted.

Y se retiró.

Ella oyó la puerta cerrarse. Y entonces sintió un gran frío.

En la chimenea el fuego se había apagado.

ARBA EUGENE POWERS.

---

SANATORIO DE LA CRUZ ROJA



Grupo de convalecientes

Fot. A. Merletti

SANATORIO DE LA CRUZ ROJA



Dormitorios

Fot. A. Merletti

## A la pluma

El marido, tipo alto y seco, de fisonomía clara, bonachona, acudía á servir á los parroquianos con la servilleta al hombro; la mujer planchaba la ropa reposadamente, atenta á la conversación del *viejo* y á los apartes de su esposo. Frisaba ella en los treinta y cinco, y sin ser guapa, ni esbelta, ni graciosa, estaba tan repleta de carnes y eran tan frescas y metidas en salud, que no dejaba de parecer agradable y apetitosa. Tenía las mejillas sonrosadas y viva la expresión del rostro; daba en ojinegra; el pañuelo le derrotaba con gracia las matas de cabello obscuro sobre la frente. Los ojos grandes; la comisura de los labios muy roja y bastante abierta. Veíasela, en fin, como mujer de pueblo que habría sido vivaracha en sus mocedades, y ahora el regalo y la pujanza de la edad la presentaban fuerte para la vida y para el amor.

Delante estaba el *viejo*, que á mí me pareció que de vez en cuando la envolvía en una mirada ardiente, de brillo lúgubro; hallábase sentado en cómoda postura sobre el banco forrado. Fumaba su pipa, que se le apagaba á menudo, quizás porque él hallaba cierta fruición en encenderla.

Era bajo y redondo, bastante grueso, como hombre que había sabido echar bien la medida de la tranquilidad en el reposo y en la mesura de su existencia, para sostener hasta lo último los achaques de los años. Llevaba estiradas patillas, canosas, pero muy finas de pelo. Vestía americana y gabán; una corbata negra hecha con el lazo del pañuelo de muselina y sombrero hongo. Su cara no tenía expresión; parecía abotargada y sólo en dos ó tres de aquellas miradas ardientes de deseo se me había antojado que los músculos irritados cobraban un aspecto repulsivo.

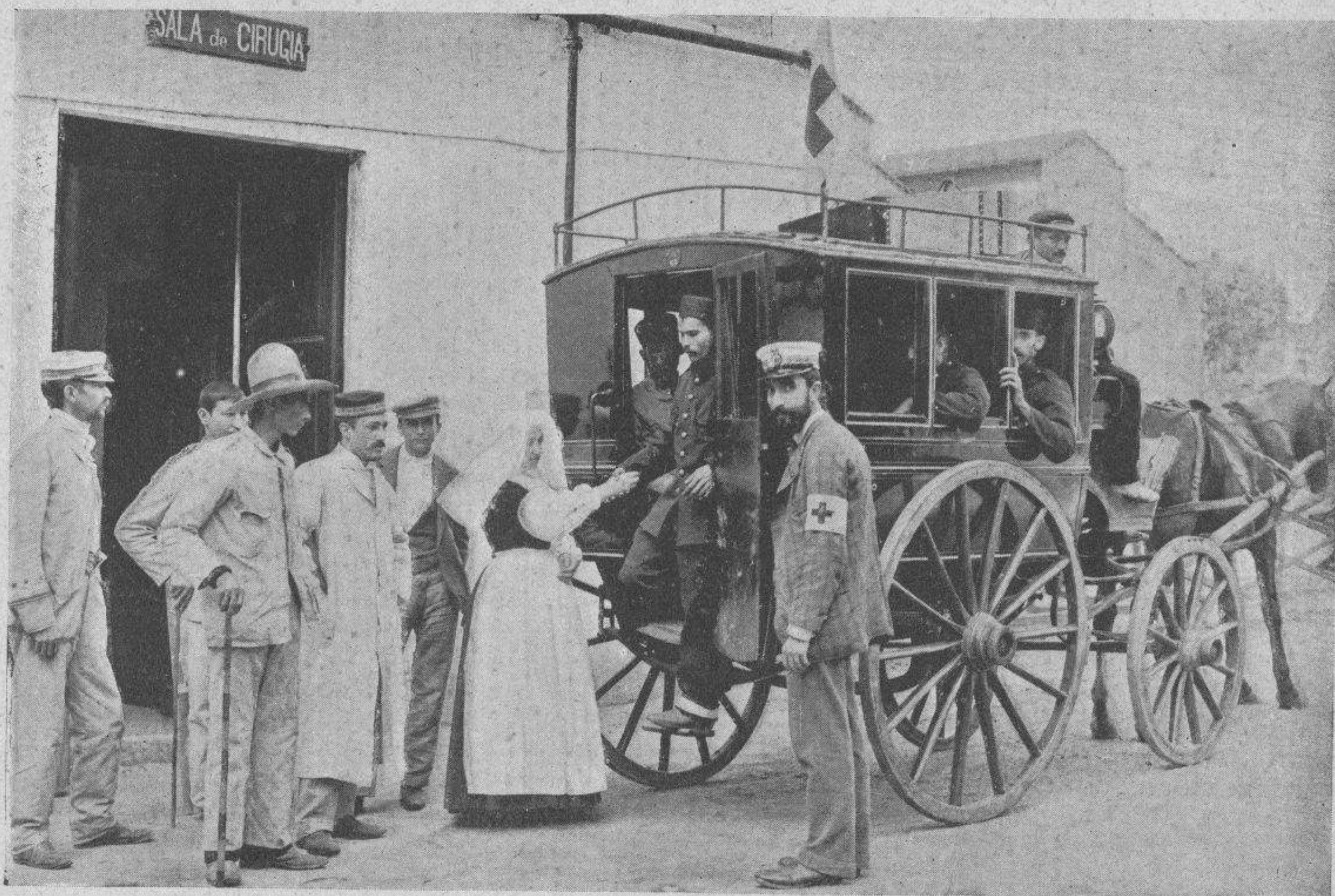
La mujer concluyó el planchado; puso los pañuelos, doblándolos antes, en una cesta, que retiró; quitó también la tabla de planchar y fué á sentarse al lado del *viejo*. La postura que tomó pecaba de ingénuo; hojeando un album tenía el cuerpo reclinado con indolencia y caído hacia el *viejo*, lo cual acusaba cierta confianza interesante; pasaba y repasaba las hojas y reía; el *viejo* le llamaba loca; y mientras tanto el marido iba y venía llevado por el tráfago de los concurrentes al cuchitril.

Nada vi, no obstante, que condenase por su intimidad á los dos seres aquellos. ¿Estaba ella así por un natural abandono de su figura fuerte y vigorosa? No sé; allá en aquellas fosforescencias vagas de los ojos, descubrí en la mirada húmeda del *viejo*, el amor mezquino, sucio, impotente, de sátiro.

Salí...

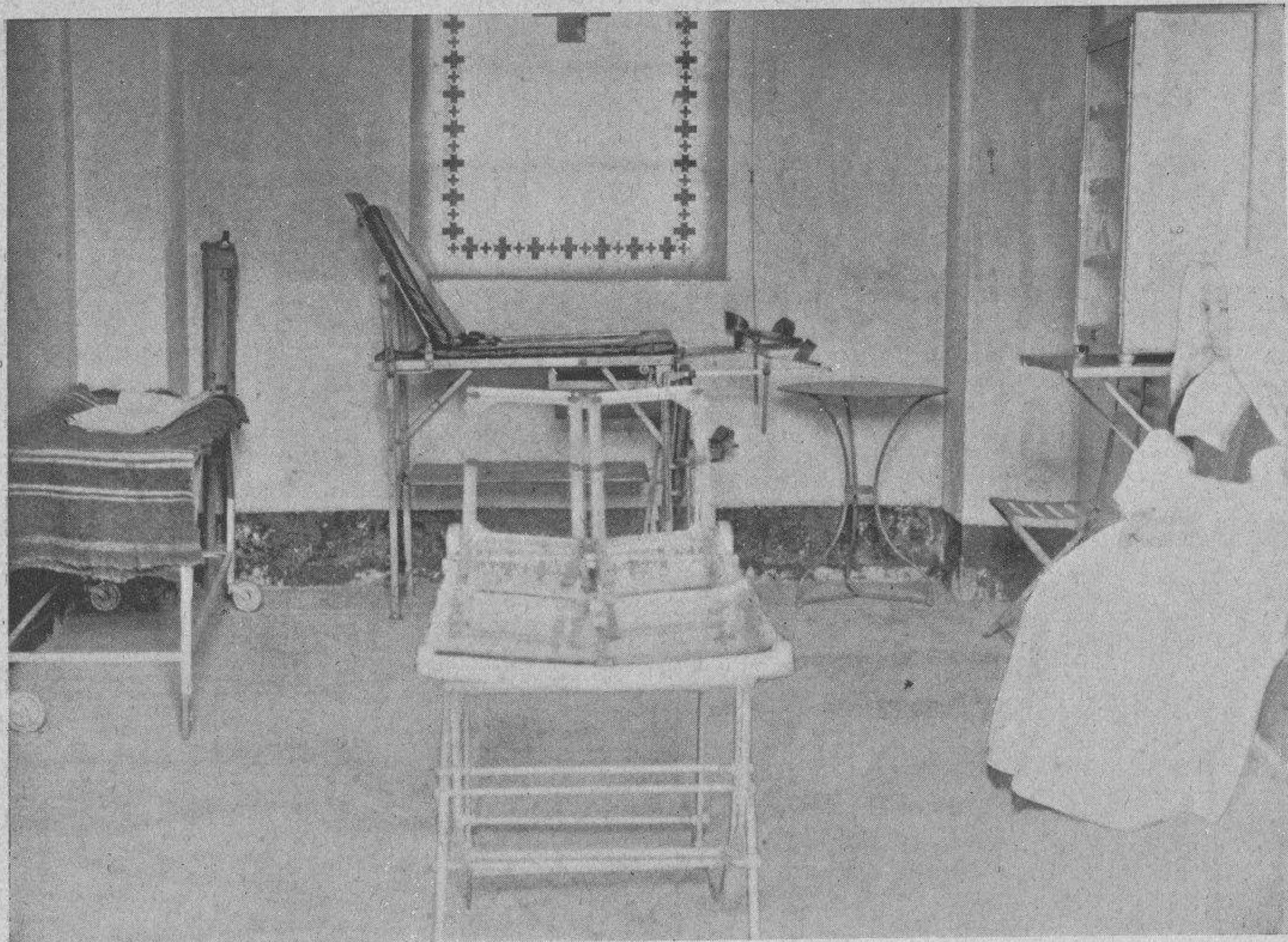
J. F. LUJÁN.

### SANATORIO DE LA CRUZ ROJA



Llegada de enfermos y heridos procedentes de Filipinas

Fot. A. Merletti



Sala de operaciones

Fot. A. Merletti

## Magdalena

Era morena, bajita, flaca, pero de facciones agradables, iluminadas por un par de ojillos negros y vivos como los de un ratón. Tendría á lo sumo veintiocho años y representaba cuarenta, vista así al descuido. Vestía con gran sencillez, y se advertía en seguida que era muy limpia, muy cuidadosa.

Estaba casada y parecía adorar á su marido. Su honradez se leía en el rostro.

No recuerdo cómo trabé relaciones con su marido y con ella más tarde. Sólo sé que iba frecuentemente á su casa y que después me presentaba allí cada día y pasaba unas horas agradables.

Magdalena hablaba á gusto conmigo. Le explicaba yo una porción de cosas que su instrucción rudimentaria le había mantenido ignoradas hasta entonces y que no podía tampoco explicarle el bonachón de su marido, porque era negado como un adoquín.

Recuerdo que cuando le contaba alguna vez escenas presenciadas en mis largos viajes, hechos presentes ó pasados, de esos que influyen en el destino de las masas de que ella formaba parte, me miraban sus ojillos como si quisieran escrutar mis más secretos pensamientos ó adelantarse al conocimiento de las palabras que salían de mis labios.

Nunca hablábamos de amor como no fuera por incidencia, y jamás me pasó por las mientes que aquella mujercita pudiera inspirar á un hombre la atracción del sexo contrario. Verdad que era absurdo, porque yo bien veía cuán enamorado estaba su marido de ella. Pero puedo asegurar que durante tres ó cuatro años, cuando menos, ni una sola vez se me ocurrió que podía con el tiempo desear el amor de Magdalena.

¿Por qué iba á su casa entonces y por qué me pasaba las horas muertas charla que te charla con ella? No lo sé. En aquel hogar encontraba un calor de cariño y amistad que faltaba en mi gabinete de casa de huéspedes; sentía un bienestar real y verdadero que no hallaba en otra parte; la vida de aquella familia había llegado á ser para mí como mi propia vida, y aquellos seres, extraños por completo á mi sangre, parecíanme unidos por vínculos muy antiguos á mi existencia, reemplazando mi familia extinguida.



TECHO DECORATIVO



La Primavera

Quería muchísimo al esposo, pero como se quiere á un hermanillo al que hay que dirigir; á Magdalena, á pesar de su ignorancia, la quería con verdadera amistad, con la estima que tenemos por un igual. Y ella me correspondía, estoy seguro de ello, con toda su alma. Si alguna velada faltaba á su casa, al día siguiente me reñía; si alguna vez acompañaba á la calle á su marido cuando éste salía á dar un paseo, se enfadaba.

Poco á poco, oyéndola hablar cuando me contaba hechos de su vida de niña y de joven, reparé en que su lenguaje se había afinado de un modo extraordinario. Provinciana del Noroeste, hablaba el castellano con gran soltura y usaba términos que me asombraban en su boca. Un día le pregunté cómo había ocurrido aquello, y me contestó sonriendo: «Pues, hablando con usted»; debía ser verdad, porque algunos adjetivos y muletillas míos los oía yo constantemente salir de sus labios.

Entre tanto pasaban los años. La trama de la existencia se iba complicando cada vez más para todos. Durante meses enteros no podía yo acudir á la casa de Magdalena. Cuando iba era aquella visita una fiesta para la familia. El esposo me sacudía rudamente la mano, los chicos me prodigaban mil caricias, y Magdalena me hacía contar prolijamente cuanto había hecho en aquel tiempo de ausencia. Y bien claro veía yo que no era la curiosidad indiscreta el móvil de sus preguntas, sino el interés verdadero que por mí sentía.

Me fijé en que la mujercita ataviaba su cuerpo con más esmero y cuidado que de costumbre, y que algunas veces llegaba á estar elegante y graciosa. El busto se erguía con más gallardía que años atrás sobre una cintura más breve, y el tacto con que escogía el color de sus trajes hacía resaltar agradablemente el color moreno sanguíneo de su piel. Sus ojos brillaban con mayor luz que nunca. Parecía haber engordado algo y sonreía con más frecuencia que en otros tiempos, mostrando sus dientes blancos y apretados como los de un niño. Me explicó que para ponerse más guapa se había acordado de que un día le dije las propiedades del arsénico, y lo usaba con éxito para que su marido no diera en la manía de desdeñarla por fea.

El tiempo seguía su carrera; Magdalena tenía ya treinta y seis años y treinta y cuatro

yo; pero al revés de las demás mujeres aquella parecía rejuvenecerse envejeciendo. ¿Era figuración mía ó es que realmente estaba guapa? En aquella época recuerdo, para vergüenza mía, que me entretuve en depravar la imaginación de aquella mujer de un modo lento y gradual. No retrocedí ante ninguna agudeza de lenguaje, ante ningún atrevimiento de ideas. Y cumplí mi obra.

Pero cuando la hebe terminado, cuando en aquel cuerpo hube infundido el veneno del deseo desenfrenado y en aquella inteligencia el no menos activo y destructor de la negación de todo bien y de toda finalidad, advertí con horror que Magdalena estaba vieja; vieja de veras antes de los cuarenta años. La llama interior consumía el endeble envoltorio de carne, lo rescaba y se ahondaban las precoces arrugas y se plateaba el pelo, y en los ojos no fulguraba la clara llama de la curiosidad inocente, sino obscuro fuego de la pasión que consume cuanto toca.

Había pasado mi vida al lado de aquella mujer sin desearla, y cuando me amaba y la amaba yo á ella, ya no era buena para el amor. Perdí una ilusión más y una buena amiga, porque sólo de tarde en tarde volví á verla.

A. RIERA.



Tipos de belleza

## Junto al Ebro

Tuve allá en mis mocedades,  
—que son felices edades  
que al hombre el cielo le manda,—  
amores con una rosa,  
nacida en la Vega hermosa  
del Ebro, junto á Miranda.

No sé si yo la dejé,  
ni tampoco si se fué;  
que nos fuimos, es lo cierto,  
ella, donde á Dios pluguiera,  
yo, buscando una quimera:  
otra rosa, en otro huerto.

Pudo ser, que la encontrase,  
puede que no la buscase,  
que no lo recuerdo ahora;  
pues mis ojos juveniles  
hallaban en los pensiles  
toda flor, encantadora.

Mas lo que tengo presente,  
es el pueblo sonriente,  
que tiene el Ebro por banda,  
y aquellas niñas preciosas  
muestra gentil de las rosas,  
de las rosas de Miranda.

BACH. SANSON CARRASCO.



Tipos de belleza

\* \* \*

Doña Nosequé Quintana  
hallábase enferma en Vigo,  
y fué y llamó á una gitana  
por conducto de un amigo,  
para ver si la decía,  
consultando alguna estrella,  
qué enfermedad padecía  
y el remedio para ella.  
La gitana le pidió  
las alhajas y el dinero

y en un baúl lo metió,  
guardándose ella el llavero.  
*Echó las cartas* después  
la gitana á la paciente,  
y abrigándola los pies  
se marchó tranquilamente.  
La enferma en seguida abrió  
el baúl, yo no sé cómo,  
y sólo en él encontró  
unas monedas... de plomo.

Que la curó la gitana,  
para mí no cabe duda,  
pues tenía la Quintana  
una *tontitis* aguda.  
Y en prueba de que eso era  
lo que la hacía penar  
que ya ha sanado y ¡cualquiera  
se la vuelve ahora á pegar!

José ESTRANI.

# MISCELANEA

Según dice un periódico «en España casi no puede vivir el hombre honrado que no quiera dedicarse al robo».

¡Cielos, qué revelación! El Gobierno ha leído esa gacetilla filosófica y ha tomado precauciones, no cabe duda. Y sino véase: «toma cuerpo la idea de aumentar en la Península el contingente de la guardia civil».

Ahora con decir que eso de que la honradez no da para la vida lo escribe un diario carlista, queda redondeado el punto, y se comprenden los temores oficiales.

Malo es que ellos echen á volar esas especies.



Una condecoración  
tiene el marido de Blasa.

— ¿La ganó en alguna acción?

— La ganó sirviendo... en casa  
de un general de salón.

V. RUBIO.



En una conversación, la mujer habla en voz alta con el hombre que le es indiferente; en voz baja, cuando le principia á amar; y guarda silencio con el que ama.



Entre médicos:

— La enfermedad de Martínez ha tenido un funesto desenlace.

— ¿Ha muerto?

— Nó, pero no me ha pagado la cuenta.



Un individuo muy cobarde se despierta sobresaltado á media noche.

— ¡He soñado — exclama — que Ricardo me ha dado una bofetada!

Y volviéndose del otro lado añade:

— Voy á dormirme para ver si sueño que se la devuelvo.



Un manco más ó menos auténtico pedía limosna en el boulevard Saint-Michel (París), repitiendo con acento lastimero.

— ¡Tengan piedad de una pobre víctima de la guerra de Oriente!

— ¡Tan pronto! — dice un transeunte parándose.

— Le diré á usted, caballero: mis mejores parroquianos eran estudiantes griegos, y casi todos se han ido á Creta, dejándome abandonado...



## CHARADA

Primera prima es un dios  
mi querida lectorcita,  
y la mancha de una dos  
con otra verde se quita.

URBANO.

## Correspondencia

*Pimpleo.* — ¿Pero es usted Pimpleo? ¿El propio Pimpleo, sin ateites ni usurpación de estado civil? Porque yo he conocido uno alto, recio, lleno de vida, y apostaría á que no se le parece usted tanto como se parecen los versos que me manda á los que él escribía.

F. de J. — Barcelona. — «El hombre es una bestia que ay que tratar á latigazos; la carne se subleva y ay que arrojarla...» ¡Hay, qué dolor, filósofo! Pero diga usted, en lugar de arrojarla ¿no sería mejor arroparla, ahora que viene el frío? Prosigamos:

«La mujer, ediondez impura; ay que tratarla constantemente con el tirapié...»

Basta: usted es zapatero ¿nó? Pues ya sabe usted; «zapatero, á tus zapatos.»

L. M. N. — Barcelona. — Hablemos claro, amigo: ¿usted cree que son fácilmente publicables unos versos titulados: «El verdugo» y por añadidura de Espronceda? Lo único desigual es la ortografía..., y eso que lo habrá usted copiado del texto impreso.

J. N. T. — Madrid. — «Tiene el corazón hecho un ovillo? Procure devanarlo y verá usted como desaparecen todas esas iniquidades que llora y lamenta; pero sin versitos ¿eh?»

A. S. — Gerona. — Muy bonito. Va carta.

R. M. — Madrid. — Ha llegado tarde para este número. Es preciso esperar á la próxima sesión.

J. C. — Barcelona. — No nos sirve. — F. D. V. — Martorell. — No puedo complacerle. — J. A. — Barcelona — Lo mismo digo.

Lo demás, se irá contestando.

# LA SAETA

Semanario ilustrado

Toda la correspondencia

al administrador D. PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, kiosco número 3

### \* PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN \*

España y Portugal, semestre . . .	6 pesetas
Año . . . . .	11 »
Extranjero y Ultramar, un año . . .	17 »

Número corriente, 20 céntimos

Número atrasado, 30 céntimos

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. Pago adelantado.